

CUIDADO CON LOS HOMBRES FUERTES

A veces me gusta repasar algunos escritos que guardo de mis primeros años de carrera. En algunas ocasiones con el objetivo de recordar ciertas cosas que el inevitable paso del tiempo me hacen olvidar, y otras para reparar -cada vez con menos sorpresa- en que ciertos escritos que uno antes tomaba como imprescindibles, a lo largo de los años ya no aparecen como tales. Esto de convertirse en un clásico, y estar fuera de los inevitables y crueles avatares temporales, es indudablemente para muy pocos.

pablo ney ferreira

Cuando estudiábamos el fenómeno del populismo -fundamentalmente el latinoamericano-, nos atiborraron de abundante literatura que en su enorme mayoría, pese a tener un cierto barniz científico, no dejaba de expresar casi sin excepción un cierto talante opositor a estas experiencias políticas que engalanaron buena parte de la política del siglo XX en América Latina.

Uno de estos escritos que saqué de mi archivo hace ya unos meses es un pequeño trabajo de Vivian Trias en el que analiza las características de los populismos latinoamericanos. El viejo teórico del Partido Socialista del Uruguay, a la vez que analiza con una destacable prolijidad algunos casos que él considera como populismos, nos deja una caracterización del fenómeno de lo más interesante.

En primer lugar, e intentando explicar el contexto histórico de su surgimiento, nos habla de condiciones internacionales favorables, en un primer momento de descontento social agudo, fruto de los coletazos de la crisis del 29, en las que los sectores marginales, nos dirá Trias, están "en condiciones de hacerse valer" dada la debilidad transitoria de las potencias imperiales del momento.

La vieja marea migratoria hacia América Latina cede, pero la migración interna llena las ciudades de "una población desocupada o semi-empleada que vive de callejear, de trabajos ocasionales (empleo disfrazado)...". Estos nuevos sectores sociales van a ser presa fácil del "intenso caudillismo carismático del populismo".

El ciclo populista es, sin duda, una ruptura con el pasado, insiste Trias, un antes y un después en el desarrollo de un país, un quiebre estructural claro, persistente y necesariamente duradero. Así, estos nuevos sectores sociales emergentes serán el apoyo social fundamental con el que contará el caudillo populista, y serán el sostén social de su tarea de gobierno.

Este caudillo carismático, continúa Trias, "desempeña rol estelar en los populismos porque expresa anhelos profundos en las masas y porque sabe captar lo subyacente en el entorno histórico, lo que el pueblo intuye pero no percibe con claridad, lo que atisba, pero no sabe formular con nitidez".

A mi todo esto me suena familiar, y la recientemente iniciada campaña para la reelec-

ción presidencial de Tabaré Vázquez parece confirmarlo.

LA IZQUIERDA Y EL PODER

Creo que estamos ante un cambio histórico en la izquierda uruguaya. Su creciente tradicionalización, sumada a una progresiva pero intensa tendencia hacia el populismo que la izquierda viene procesando, la van separando cada vez más de aquel conjunto de partidos de ideas que planteaban siempre desde una óptica anti-personalista una serie de cambios radicales, que se han diluido ideológicamente en un tipo de discurso "políticamente correcto" y excesivamente previsible, que no aspira a cambiar nada sustancial y que busca permanecer sin demasiados problemas dentro del orden mundial hegemónico.

Es que el discurso alternativo, el que apuntaba a desintegrar el llamado "pensamiento único" en aras de una pluralidad de abordajes de la problemática social y política, se ha vuelto también algo inobjetable y también único, una especie de letanía insoportable, simple y harto previsible.

Esta imagen de la izquierda nacional, y también la internacional, dista mucho de la que poseen sus propios militantes de sí mismos y de sus organizaciones, ya que históricamente se imaginaron -y continúan pensándose aún hoy- como una suerte de vanguardia iluminada diferente, como algo muy distinto al statu quo dominante.

Y una de las características que presenta esta suerte de "nuevo populismo re-fundacional" en América Latina -tanto el de "izquierda" como el "neoliberal"- es la aspiración a realizar una reforma constitucional que permita la reelección del Presidente de la República. En esto están todos de acuerdo. El reeleccionismo está de moda, y la tentación autoritaria es muy seductora. Todos sabemos que el poder cautiva y corrompe, y cuanto más larga su duración, son aun peores sus consecuencias, y por esto en el Uruguay, al contrario que en muchos de los países sudamericanos, nunca tuvo respaldo ninguna reforma que fuera en esa dirección.

Pero ni siquiera Uruguay se salvó esta vez de la maniática fiebre reeleccionista. Ya sé, me van a decir que Vázquez ya fue claro al respecto y dijo que no. En todo caso no fue lo suficientemente claro, ya que medio gabinete está juntando firmas para dejarlo en la Presidencia no sabemos cuánto tiempo más.

Esperen a que alguien comience a juntar



firmas para proclamarme a mí Rey del Uruguay, a ver si no voy yo a salir como desesperado a desmentir esto públicamente y con toda claridad (aunque pensándolo bien, Pablo Ney I tampoco suena tan mal ¿no?). No se entiende la actitud de Vázquez, y si se entiende entonces es una enorme irresponsabilidad política.

Por tradición, el Uruguay no es reeleccionista, aunque todo puede cambiar. Si la izquierda decide seguir la saga de los populismos latinoamericanos de moda, entonces habrá que ser más vigilantes con las acciones políticas que emprenda la coalición gobernante.

LOS TIEMPOS CAMBIAN

El republicanismo aboga y defendió siempre entre sus principios fundamentales la no-reelección y la brevedad de los mandatos, y la temprana impronta republicana que Batlle y Ordóñez -entre otros- intentó darle a nuestro sistema político es quizás uno de los valores políticos y morales que más caracteriza a un sistema político que no deja de ser original si se lo compara con nuestros vecinos latinoamericanos.

Creo que se está en un error al abandonar nuestras tradiciones republicanas y pretender sumarnos a la ola populista de moda. Nuestro país debatió mas de cincuenta años a ver si manteníamos o no la figura del Presidente de la República o si ella debía ser sustituida por

una junta de Gobierno en donde se desempeñaran en igualdad de condiciones siete o nueve miembros. Esto muchas veces se olvida, y las nuevas generaciones quizás se sorprendan de saber que durante un tiempo el Uruguay no tuvo Presidente de la República.

Por ejemplo, para los batllistas colegialistas la Presidencia de la República no era más que una monarquía electa, que incluso poseía muchos más poderes que un verdadero monarca constitucional, y dedicaron muchos años a intentar desbaratar a la institución presidencial por considerarla una rémora monárquica que había que suprimir tajantemente.

La reelección presidencial evidentemente no se le ocurría a nadie, y el temor al "hombre fuerte", la obsesión anti-tiránica de honda raigambre republicana, fue marcando a fuego los fueros más íntimos de la ciudadanía del Uruguay y de sus partidos políticos, haciendo funcionar los aceitados resortes cívicos más intensos, cada vez que se escuchaban los cantos de sirena que anunciaban al personalismo. Cada intento de instaurar algún ingrediente cesarista en nuestra carta constitucional, fue descartado por la ciudadanía haciendo gala de un destacable vigor republicano.

¿Por que entonces este intento? Quizás el propio Vivian Trias nos ayude a comprenderlo: "El gobierno unipersonal y omnipotente es la respuesta a las tensiones internas y externas que lo acosan y un medio de someter las íntimas contradicciones que desgarran al propio movimiento populista". La verdad es que no se me ocurre otra cosa. Quizás Trias tenga razón.

Las tensiones que se viven hoy en la interna de la izquierda, los problemas con las candidaturas, etc., quizás hayan llevado al presidente a este coqueteo con la reelección.

De todas formas no creo que sea una buena idea manejar con tanta despreocupación un tema que no es para tomarlo a broma. El caso es que los ágiles y efectivos militantes frenteamplistas han comenzado a juntar firmas, y probablemente logren las requeridas constitucionalmente.

Al pensar en estas cosas me acordé del eslogan con que la vieja lista 14 del batllismo, atrincherada en la ortodoxia colegialista más sublime que siempre caracterizó al periódico "El Día", sacudió la campaña política del año 1954: "¡Cuidado con los hombres fuertes!"

Nunca me gustaron los caudillos, y tiendo a pensar que Batlle y Ordóñez tenía razón: concentrar el Poder Ejecutivo en una sola persona es demasiada autoridad para un solo individuo. Si a esto se le añade una reelección, que no se sabe bien hasta donde llega, y si encima se le agrega, por ejemplo, el poder del veto presidencial -otro resabio monárquico- por sobre las decisiones del Parlamento nacional, me parece que no hacemos más que construir caudillos omnipotentes y restar controles republicanos a la gestión gubernativa.

En lugar de intentar potenciar los resortes de control republicanos, de sofisticar el modelo de pesos y contrapesos, lo que hacemos es sumar más autoridad a un individuo y por más tiempo.

Por eso me sumo al llamado de atención de los colegialistas catorcistas de "El Día"; después de todo el Colegiado Integral no era una mala idea.

Esperemos que todo esto quede en otro frustrado intento por introducir en nuestra constitución nacional cláusulas cesaristas, esta vez por parte de buena parte de la izquierda vernácula. ¡Cómo cambian los tiempos! ¿Quién lo diría, no?

candidato a doctor en ciencia política universidad complutense de madrid